



Yoani Sánchez tiene garantizada la simpatía de la mancha juvenil latinoamericana; aquí con su esposo y sus armas de batalla: la computadora portátil y el blog.

La Habana cincuenta años después de la Revolución

ROCHI SANTISTEVAN*

Viajar a Cuba no estaba ni remotamente entre mis planes. Menos aún en los de mi marido, que se había propuesto no visitarla hasta que Fidel Castro desapareciera. Yo no era tan radical, y tenía más bien miedo de ir y comprobar que las utopías de mi generación estaban enterradas y que allí no quedaba más que una dictadura.

Este viaje se presentó como una oportunidad de ver cómo es una ciudad no tocada por la globalización, sin McDonald's ni Starbucks. Cuatro peruanos que quieren recorrer sus calles, pero también conocer a sus habitantes, a hombres y mujeres que viven en el último reducto del comunismo. Nada de playa, solo la ciudad. Un fin de semana larguito: de jueves a lunes en la tarde.

Cuba fue un referente importante en mi juventud, pero poco a poco había dejado de tener presencia en mis inquietudes. Hacía un año, sin embargo, había vuelto a formar parte de mis intereses. Esto sucedió cuando descubrí a Yoani Sánchez, la bloguera, una disidente interna muy diferente a los cubanos trogloditas del peor Miami. La conocí a través de su blog Generación, y me gustó su estilo sencillo y a la vez fuerte. Con muy pocas frases, pinta su ciudad de una manera natural y cotidiana. Cuenta los problemas de los cubanos con una gran dosis de humor y, sobre todo, de esperanza.

Tendríamos tres días completos en La Habana, así que mi amiga y yo empezamos a buscar quién podía ser nuestro/a guía. Algunas personas nos decían que lo encontraríamos en el hotel. Otros, un poco más afinados en materia de historia y política, nos advirtieron

que no contratáramos a los oficiales, que eran unos loros repitiendo siempre lo mismo.

Estábamos en esa disyuntiva, cuando mi compañera de viaje me dijo que podíamos contactar a Yoani Sánchez. “¿Yoani Sánchez —le pregunté—, la bloguera que ha ganado premios?”. “Esa misma” —me contestó—, y me dio su correo electrónico. Le escribí explicándole quiénes éramos y preguntándole si podíamos contratar sus servicios. Pasó el tiempo y no hubo ninguna respuesta. Pensé, con pena, que estaría muy ocupada o poco interesada en pasear a cuatro peruanos. Estaba a punto de resignarme, cuando mi amiga me dijo que le habían dado su teléfono. Llamé, llamé y llamé durante varios días, y nadie me contestó. Nuevamente resignada, contacté con una peruana-cubana que podía acompañar nuestro paseo.

El día antes del viaje, con la maleta ya lista, decidí hacer un último intento y, sin mucha esperanza, marqué el número de la Habana. Un ring, dos, tres, cuatro. “¡Hola!” —se escuchó al otro lado de la línea. Era ella. Casi no podía hablar de la emoción. Me dijo que encantada podría ser nuestra guía, me dio su celular y, como prometiendo un gran encuentro, terminó diciendo: “Mañana vas a saber por qué no contesto correos”.

LA HABANA, PURA CONTRADICCIÓN

Llegar a la Habana es impactante. Un aeropuerto muy moderno y cientos de carros antiguos en las calles. Poco tráfico y edificios totalmente deteriorados. Mucha gente sentada en las veredas y más todavía en los balcones repletos de ropa lavada. Hay una sensación de que todo está detenido o camina muy lento.

* Abogada.

¡Teníamos tantas preguntas! El contacto con Yoani fue rápido. En un par de horas estábamos sentados en el bar del hotel con ella y su marido, Reinaldo Escobar. No pueden ser más asimétricos. Ella es blanca, joven. Él es bastante mayor y, según nos dijo, de los pocos cubanos con sangre india. Casi de inmediato entramos en sintonía. Serían nuestros guías durante los tres días de nuestra estadía. En la mañana con ella, en la tarde con él. El pago, nos dijeron, sería en CUCS. ¿Qué?

“La moneda nacional es el peso, pero, vamos, con pesos no compras nada” —nos explica Yoani. Han creado una moneda que se llama CUC (peso cambiario), que es la moneda para los extranjeros pero en realidad es la única que vale para los cubanos. “Su valor es un poco mayor que el dólar —explica Reinaldo—. Hay tiendas en CUCS donde se consigue la mayor parte de cosas que necesitamos para vivir. Pero ¡ojo!, los cubanos ganan en pesos y no en CUCS.” “Acá en Cuba todo es contradictorio, muchachos” —termina Yoani con una sonora carcajada al ver nuestras caras incrédulas.

A CAMINAR, A CAMINAR, QUE EL MUNDO SE VA A ACABAR

Yoani y Reinaldo no son empleados del Estado y ganan sus CUCS enseñando español y paseando básicamente a alemanes. Las clases las dan caminando por la ciudad. “Sería peligroso hacerlo en nuestra casa —dice Yoani—. Aún funcionan los comités de vigilancia.”

A nosotros nos van a enseñar la ciudad caminando. La primera mañana vamos por la Habana Vieja, la calle Obispo y sus alrededores, reconstruidos gracias a la Unesco. Nos llama la atención la cantidad de ancianos que venden el *Granma*, el

periódico oficial. “Los ancianos compran el *Granma* en pesos cubanos y lo quieren revender en CUCS. No tienen otra manera de aumentar sus ingresos, pues sus pensiones no les sirven para mucho” —nos explica Yoani.

La reconstrucción está muy bien hecha. Muchos solares hermosos le dan a esas calles un aspecto único, porque no hay avisos ni establecimientos que rompan la armonía. Lo que sí, parecen deshabitados. “Ya no son viviendas, son centros culturales o espacios públicos” —nos informan.

Llegamos al hotel Ambos Mundos, subimos a su terraza y nos sentamos a tomar algo. Tiene una vista muy bonita a la bahía. Aprovechamos para hacer muchas preguntas. Yoani las responde todas, pero notamos su cautela. Cuando habla, se fija que no haya ningún mozo alrededor. “Siempre es bueno mirar quién te oye, aún hay muchos presos solo por hablar.”

“Casi todos los negocios en Cuba son del Estado, incluso los hoteles, que en general son operados por cadenas españolas o canadienses. La gente que trabaja en el sector turismo es privilegiada porque tiene acceso a propinas, pero está sujeta a un impuesto que le pagan al Estado.” “¿Qué! ¿Y los taxis?” —preguntamos. “Son también del Estado. En los años noventa hubo una pequeña apertura y se permitieron algunos negocios privados, los paladares (restaurantes caseros) y alojamientos en casas. Aún hay algunos, pero tienen que pagar mucho en impuestos.”

Volvemos a la calle, la Plaza de Armas, la Plaza Vieja, el Paseo del Prado. Es mediodía y hay mucha gente. Muchas cosas nos llaman la atención, pero hay algo que nos deja con la boca abierta: en plena Plaza Vieja, tremendas tiendas de Paul and Shark y de Benetton. “¿Quién

compra ahí?" —preguntamos. Yoani levanta los hombros. Misterio.

LOS CUBANOS HACEN COMO QUE TRABAJAN

Reinaldo nos lleva a pasear por la tarde. Primera parada: la Universidad de La Habana. Nos recibe un guardián con muchos perros. "¿Podemos pasar?" —le preguntamos. "No —nos contesta—. En julio cierra la universidad." "Pero estamos en junio" —alega Reinaldo. "No, acá en la Universidad es julio ya." Todos nos reímos de tremenda lógica, pero nuestro guía nos explica que es una muestra de que en Cuba los cubanos hacen como que trabajan porque el Estado paga muy poco.

Luego nos vamos a Regla. Hay que tomar una lancha. Nos sorprende la exhaustiva revisión a la que somos sometidos y notamos que no se puede subir motos. "Hace un tiempo alguien pretendió irse a Miami en esta lancha. Hoy no se corren el riesgo" —nos dice Reinaldo en voz baja.

Desde Regla hay una linda vista de la bahía de La Habana. Caminamos. No hay nadie por las calles: "Es hora de telenovela". En efecto, por las ventanas podemos ver a grandes y chicos frente a la televisión. Solo en la iglesia hay algunas personas vestidas de blanco. "Son santeras. Regla es la ciudad donde nació la santería, porque era donde dejaban a los negros en cuarentena. Allí empezaron a usar a los santos cristianos para ocultar sus propios dioses." "¿Y aún hoy existe?" —preguntamos. "Más que nunca —nos explica Reinaldo—, igual que la Iglesia católica y la protestante. A más prohibición, más personas que se encomiendan al cielo."

Vamos al museo de Regla, donde se explica muy bien la relación entre la

santería y el catolicismo. Y encontramos otra muestra de la lógica cubana. La puerta a medio abrir, las luces apagadas y una señora pintándole el pelo a otra. Nos dicen que han cerrado más temprano porque estaba lloviendo. Reinaldo las convence para que nos dejen entrar, CUCS de por medio. "Así es en Cuba, señores. Los cubanos hacen como que trabajan y el Estado hace como que les paga. Ellas no deben ganar más del equivalente a dieciocho o veinte dólares."

De regreso, vamos a un bar a escuchar música. "¿También es del Estado?" —preguntamos. Reinaldo asiente. Los músicos tocan boleros, sones, guarachas. Lo hacen bien, pero no son el colmo del entusiasmo. "No creen que les vamos a dejar mucha propina" —nos dice. Les compramos un disco para que se sintieran mejor.

¿Y LA ESTUPENDA EDUCACIÓN? ¿Y LA MEDICINA AVANZADA? ¿Y LA PROMOCIÓN DE LAS ARTES Y EL DEPORTE?

El argumento más extendido para quienes defienden la Revolución cubana es que allí nadie se muere de hambre. "De hambre tal vez no, pero tenemos una dieta que malnutre. Uno no ve gordos. En todo caso, quienes mejor se alimentan son los que logran ingresos más allá de sus trabajos formales, alguna forma de trabajo ilegal o los maravillosos dólares de los parientes americanos."

El siguiente argumento es la estupenda educación que todos los cubanos reciben. "Ya eso no es cierto —nos explica Yoani—. Los maestros no quieren serlo y se reciclan de guías, taxistas, cualquier cosa para mejorar sus ingresos. Hoy los alumnos tienen muchas materias por televisión, método que fue útil hace cincuenta años para alfabetizar. Pero hay algo más grave:



24/7

"CI SONO GIOVANI CUBANI
APPOSITAMENTE INCARICATI
DI MINARE IL SISTEMA."

– FIDEL CASTRO

YOANI SÁNCHEZ

CUBA LIBRE

★ VIVERE E SCRIVERE ALL'AVANA ★

Rizzoli

Yoani Sánchez es una disidente en casa y editada en el extranjero.

los niños y los jóvenes cubanos no tienen educación tecnológica, entonces el retraso es enorme respecto al resto de América, por no decir del mundo.”

“El avance de la medicina era un orgullo nacional —nos dice Reinaldo—, pero eso va en picada. El Estado no puede mantenerse al día en tecnología. Hay algunas ramas que tienen un mayor apoyo, la medicina deportiva o la dermatología, porque hay gente que viene de fuera y paga muy bien por eso. Y por último, los médicos están muy mal pagados.”

“Cuba tiene un excelente *ballet* y un gran equipo deportivo —nos dicen—, pero ¿por cuánto tiempo más? Muchos se quieren ir y lo hacen en cuanto tienen la oportunidad, porque fuera son muy apreciados.”

“A mí me sacan en cara mis orígenes humildes —cuenta Yoani—. Sin la revolución serías una pobre campesina. Bueno, digo yo, hasta cuándo tengo que agradecer, ya han pasado cincuenta años y lo que queremos es que algo cambie.”

EL FUTURO ESTÁ AQUÍ, EN LA ISLA, PERO CON LIBERTAD

Yoani y Reinaldo son de los pocos cubanos que no tienen parientes en el exterior. No pretenden irse a ningún lado. Lo único que quieren es poder salir para volver a entrar. Ya lo han hecho: Yoani ha estado en Suiza y Reinaldo en Alemania. Pero ahora es distinto, desde que Yoani se ha hecho famosa con su blog fuera de Cuba no la autorizan a salir del país.

“El futuro está aquí—dice Reinaldo—. Vamos a luchar por mayores libertades, por construir una democracia.” “¿Luchar?” —preguntamos—. “Sí, luchar, pero no con armas sino con palabras enviadas al espacio a través de la net

—apunta Yoani—. Nos la hacen difícil, porque no tenemos internet a la mano, solo en las cabinas y hoteles, y a precios exorbitantes. Y ahora han prohibido mi blog. Yo no puedo leerlo, tampoco los comentarios. Tengo la suerte de que algunos amigos me los mandan por correo, pero a veces son más de mil, es imposible contestarlos. Recuerdas que acá te explicaría por qué no te podía contestar tus correos. Pues ahí está la respuesta.”

¡Qué pena! En Cuba simplemente no hay libertad: nadie sale de la isla sin el consentimiento del gobierno, tampoco hay movilización interna sin el dichoso permiso. No se puede estudiar lo que uno quiere, mucho menos trabajar en lo que desea. Tampoco se puede decir lo que uno piensa. Y, por supuesto, esa falta de libertad no está compensada por una estupenda alimentación, una educación y una salud inmejorables. La utopía está enterrada y solo es una dictadura latinoamericana más. En realidad es de las más perversas, porque se presenta como la lucha contra un imperialismo que es hoy más un fantasma que una realidad.

Pero también pude ver que hay muchos cubanos que saben que el cambio va a llegar y se están preparando. El tiempo está a su favor. Ya lo dice el refrán: “No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”. Han transcurrido cincuenta años y los cambios ya se están sintiendo. Por supuesto, donde más se sienten es en internet. La web desde Cuba muestra una gran actividad y tiene mucha llegada a pesar de las limitaciones. Por lo pronto, a Yoani la saludan por la calle, incluso quienes ella sabe que pertenecen al gobierno. Nosotros les auguramos éxito, no es solo el tiempo el que está a su favor, también la historia. ■